

¿Buscar el sentido o crear sentido?

Pbro. Silvio Marinelli Director del Centro San Camilo A.C.

El sentido no es algo inherente a las cosas o acontecimientos: somos nosotros quienes “damos” sentido a una situación feliz o difícil. Cada uno de nosotros, más que “buscar” un sentido ya predestinado, que estaría fuera de nosotros y escondido a una mirada superficial, es **“creador” de sentido**, llamado a “producir” sentido y a “inyectarlo” en las situaciones de la vida. Con esta postura se evita una actitud fatalista de quien afirma que: “¡No hay nada que hacer: esta situación no tiene sentido!”. Algunas propuestas de eutanasia reflejan esta dificultad a “crear sentido” en las situaciones de la enfermedad terminal: visto que no se logra crear sentido, sería mejor terminar con una vida sin sentido. El problema radica en que el sentido “no se encuentra”, al contrario “se crea”, “se genera” tal vez con una actitud paciente y perseverante.

Al mismo tiempo, es oportuno volver a precisar que este generar sentido donde aparentemente no lo hay, se puede lograr no sólo en los casos de enfermedad, discapacidad, envejecimiento y muerte física, sino también **en todas las ocasiones** en las que experimentamos nuestros fracasos, nuestra limitación, la falta de recursos, la dificultad en desarrollar nuestras aptitudes en un medio hostil. El “dar sentido” es tarea de toda la vida en toda situación. Quizá ésta sea **la característica más creativa y creadora del ser humano**: puede crear sentido también en el sufrimiento, la carencia, la privación, la aniquilación de todo. De cierta manera, participa de la actividad creadora de Dios.

El filósofo catalán Francesc Torralba observa que el ser humano siente la necesidad de dar sentido a su vida, a su existencia. No tiene bastante con estar o con subsistir, o con permanecer en el ser, sino que, además de ser, desea **permanecer en el ser con sentido**. Y si detecta que esa permanencia no tiene sentido, que vivir carece de sentido, que es algo absurdo, estúpido, insulso puede, incluso, desear no ser, hacerse nada.

Descubrir nuevos valores, apreciar la vida como un misterio, vivir el sufrimiento como ocasión para madurar, pueden ser **puntos de luz** que, si bien no solucionan completamente el ansia de sentido, pueden **marcar una ruta** para vivir su situación.

Entre los valores, quizás, lo más apreciado, es **el mundo de las relaciones afectivas**, es decir, el sentido de comunión, la experiencia de no estar solo en medio de la soledad existencial que caracteriza la condición humana y que puede hacer experimentar un sabor amargo en medio de las dificultades de la vida. De aquí la especial importancia que toma el mundo de **las relaciones** en el sufrimiento, **la calidad de las mismas, su grado de autenticidad y profundidad**, el lenguaje de los gestos y de los símbolos, el mundo de las pequeñas cosas que se convierten en grandes.

Cada uno de nosotros, en efecto, puede **decidir cómo comportarse** en las situaciones de sufrimiento: de una manera egoísta, narcisista, demandante y tiránica, con mal humor y manifestaciones de agresividad y envidia hacia quien cuida o intenta ayudar; o, al contrario, de una manera amable, respetuosa, colaborativa y agradecida hacia quien cuida. La decisión está en **la libertad del sujeto** que puede desarrollar o rechazar particulares actitudes.

En este número de la Revista nos detendremos a reflexionar sobre el **“sentido de la vida”**, un tema y una problemática que nunca se acaba; una tarea siempre pendiente, en todas las etapas y vivencias. Nos ayudarán en esta reflexión algunos autores de la **Revista “gemela” Humanizar** del Centro de Humanización de los Religiosos de San Camilo de España.

La pregunta del título encuentra una respuesta clara: **el sentido se crea, se da, se produce**; no lo encontramos fuera de nosotros ya preparado.

Para los creyentes – citando a un teólogo contemporáneo (Bruno Morriconi) – “La cruz es la revolución de todos los conceptos que podamos construirnos sobre Dios. De ella, pues, **aprendemos que Él no es indiferente, sino sufriente**; no es frío, sino tierno; **no es imperturbable sino vulnerable**; no es alejado, sino acongojado ... En los caminos pulverulentos e insidiosos de este mundo que lo condujeron al sufrimiento y a la muerte, **el Hijo de Dios no ha venido ‘como héroe’, ni ‘como Dios’, a pesar de que era y permaneció tal, sino en la condición de hermano de los hombres** que no puede sustraerse a la muerte... Verdadero compañero de cada persona que sufre, de quien lo conoce, de quien nunca ha oído hablar de él y también de quien lo rechaza, Él tiende la mano a todos. A quien tiene la gracia de darse cuenta, **le aligera el sufrimiento**, porque quien mira al Cristo crucificado puede decir (con un poeta) ‘no lloro más de un llanto sólo mío’, porque llora conmigo también el Hijo de Dios”.